

titud. En fin, admirado de que no se le impida embarcarse, pasa el canal de la Mancha, y no torna en sí hasta pisar el territorio francés. De Calais se traslada á Amiens; de aquí á Fleury, junto al padre del célebre Mirabeau; de Fleury al castillo de Trye, donde el príncipe de Conty le ofrece hospitalidad; de Trye á Bourgoin en el Delfinado. Aquí, en presencia de dos testigos, con toda la sencillez de la naturaleza, da por último á su compañera el título de esposa. Acogido en todas partes con benevolencia y transporte, no ve sino odio, burla é insulto; donde quiera provoca escenas ridículas, enteramente nuevas é incomprensibles para los que se le acercan, porque, fuera de aquella triste manía, su entendimiento conservaba aun fuerza y perspicacia, y su alma nobleza y bondad. Al mismo tiempo ávido é incapaz de reposo, concibe mil proyectos tan pronto formados como destruidos; piensa volver á Inglaterra, pasar á Grecia, visitar á Chambery; pero cambiando de repente de idea, exclama: « ¡Oh! no hablemos de Chambery; no soy llamado allí. El honor y el deber hablan, y no escucho mas voz que la suya. »

Perseguido siempre por el fantasma de una conjuración contra su honor, Rousseau queria apelar á un nuevo recurso de triunfo. Trazar con toda la sinceridad del corazón el cuadro de la vida pasada, de sus sentimientos, de su índole; volver á entrar en la sociedad con sus *Confesiones* en la mano, multiplicar su lectura; citar severamente á sus acusadores á explicarse; á obtener de este modo la manifestación de los delitos que se le imputaban, y que una generación conjurada contra él se obstinaba en ocultarle de un modo solemne; tal es el plan que en su delirio se proponía. Con tal pensamiento parte y llega á Paris. Aun subsistía el decreto del parlamento; pero la opinion cubria al acusado con su poderosa égida y nadie pensó en turbar su sosiego. Su vuelta despertó la mas viva emocion. Continuando con provecho su antiguo oficio de copista, frecuentó las reuniones, y en los primeros momentos se presentó en ellas con una facilidad de modales y una amenidad enteramente nuevas, solo de tarde en tarde interrumpidas por algunos accesos de capricho é irritabilidad. Se escucharon con avidez las repetidas lecturas de sus *Confesiones*; pero en breve, á instancias de madama de Epinay, la censura prohibió circularsen los ejemplares.

Engañado hasta en su última esperanza, volvió poco á poco á la vida solitaria, no queriendo oír hablar de correspondencia ni de visitas. Sin embargo, antes de consumir su nuevo divorcio del mundo, habia ilustrado con mas de un triunfo aquellos últimos momentos. Cediendo á las instancias del Polaco Wielhorski, expuso en un estilo libre algunas elocuentes *consideraciones* sobre el gobierno de la Polonia, y mas adelante el drama lírico *Pigmalion*, representado en la escena francesa, renovó los aplausos del *Adivino*.

En los últimos años de su vida, fuera efecto de la edad, fuera el fastidio de la mansion en Paris ó la escasez de medios de subsistencia, su natural tomó cada vez un aspecto mas lúgubre; sobre un papel, único confidente de sus pensamientos, extendió las dolorosas *Fantasías de un solitario*; y en tres diálogos, monumento de la mas triste aberracion, constituyó á Rousseau juez de Juan Jacobo. Intentó depositar en el altar mayor de la iglesia de la Virgen aquella extraña apelacion contra una opresion imaginaria. Sordo á las ofertas de muchos admiradores que se disputaban el honor de darle un asilo, mendigó el favor de ser admitido en un hospital con su mujer; y en los billetes que distribuyó al público, imploraba de la piedad de los transeuntes la *limosna de un poco de afecto y de justicia*.

Seis semanas antes de morir, aceptó Rousseau por último un asilo en casa de madama de Girardin, señora de la hermosa posesion de Ermenonville. La amenidad de los campos, la amabilidad de sus huéspedes, la ingenua alegría de los niños de estos, parecian haber refrescado su sangre y esparcido alguna calma en aquel agitado espíritu: empezaba á revivir, cuando en la mañana del 3 de julio de 1778 un ataque de apoplejía le arrebató de improviso á las esperanzas de la amistad. Murió pidiendo que se le permitiese ver por la última vez el sol y el verdor de los campos. Treinta y cuatro días antes habia bajado Voltaire al sepulcro.

Rousseau tenia sesenta y seis años cuando murió. Muchos han creído que, cansado de padecer, se libró por sí mismo del peso de la vida; pero esta opinion, fundada en simples indicios, parece desmentida por pruebas incontrastables.

Ermenonville recogió sus mortales despojos; alzóse un modesto monumento á su memoria en la isla de los Álamos, y mas adelante sus cenizas fueron trasladadas al Panteon. El 31 de diciembre de 1790 la Asamblea Constituyente, á instancia de Mirabeau, habia decretado ya levantar á Rousseau una estatua y asignado una pensión á su viuda. Cuando en 1814 la Francia fué invadida por el extranjero, la memoria de Rousseau protegió los lugares en que habia habitado, y el soldado respetó la aldea de Ermenonville, como el victorioso Alejandro habia respetado la casa de Píndaro.

La mujer que Juan Jacobo habia tomado por esposa, no tardó en renunciar á su noble viudez. Á los cincuenta y cinco años se enamoró de un palafrenero, y arrojada de la quinta de Ermenonville, despues de haber consumido la herencia literaria de su esposo y los donativos de la Asamblea Constituyente, arrastró en la miseria una vejez despreciada, y murió en 1801 en Plessis-Belleville, contando ochenta años de edad.

Ningun hombre ha sido juzgado de mas diferentes modos que Juan Jacobo Rousseau. Los errores de su juventud, la rareza de su caracte-

ter, el extravío de su razon en sus últimos dias, han dado pié para las imputaciones de sus enemigos, suscitándole odios que el tiempo no ha extinguido aun, y que una falta grave é inexcusable pareció justificar. Lo que mas resalta en su vida, es el fenómeno sublime del rescate moral de sí mismo, debido á la energía de su voluntad, y que de un alma largo tiempo vulgar y frágil formó, á los cuarenta años, un alma nueva, superior á la fortuna, idólatra de la belleza moral, y que llevaba hasta el mas alto grado el culto del deber y de la justicia. La posteridad imparcial debe juzgar á Rousseau desde aquel instante. Libre entónces de la influencia de la primera educacion y del siglo, se presenta á nuestra vista con todas sus cualidades buenas y malas; irritable, supersticioso, extravagante, novelesco en las ideas; violento, impetuoso en los afectos y en las máximas, inhabil por exceso de sensibilidad para conversar con los hombres; pero al mismo tiempo, generoso, sincero, desinteresado, magnánimo. Tuvo muchos enemigos; y sin embargo, no se encontrará en sus obras, ni aun en la correspondencia mas confidencial, una línea dictada por el odio. Se vengó de Palissot consiguiendo se le perdonase, y de Voltaire suscribiéndose á su estatua. Se le vió siempre huraño con los grandes y atento con los humildes; á pesar de su pobreza, se negó á admitir pensiones y fué caritativo. Todos los que le conocieron, tributaron homenaje á la bondad de su corazón, á la sencillez de sus costumbres; y donde quiera que habitó, el pueblo honró su memoria como sagrada.

Entre todos los hombres que han ejercido sobre su siglo el imperio de la inteligencia, pocos pueden igualarse á Rousseau. Ninguno ha reunido en tan alto grado la fuerza del pensamiento, la suavidad de la imaginacion, el calor del alma y la magia del lenguaje; ninguno ha presentado con colorido mas encantador una moral mas elevada y pura, ni ha hablado de la virtud con mas ardor, ni del deber con mas gracia. Ninguno ha ofrecido mas feliz armonía de todas las modulaciones de la elocuencia; serio y persuasivo en el *Emilio*, apasionado en la *Eloisa*, sencillo y gracioso en la *Carta á D'Alembert*, vehementemente en la *Respuesta al arzobispo de Paris*, lleno de atractivo y de ingenuidad en las *Confesiones*, aparece siempre el hombre de la razon, y el mas suave y admirable pintor de la naturaleza y el amor. La elocuencia, la filosofia, el énfasis de Juan Jacobo, tienen poco de comun con los demas escritores de su siglo. Cuando se presentó en la escena del mundo, la sociedad moria de languidez; la frivolidad y la corrupcion reinaban en Francia; licencia en las costumbres, desorden en las familias, anarquía en el cuerpo político. La filosofia del siglo XVIII, que moderó el fanatismo, destruyó la supersticion y extendió sobre todas las opiniones contemporáneas una mirada escudriñadora y una crítica bur-

lesca, habia contribuido tambien por un momento á dejar los entendimientos sin convicciones fuertes ni energia moral. Rousseau vino á conmovier é inflamar con la palabra aquel siglo entumecido por los años. Su voz austera, aguda y elocuente hizo resonar á veces en los oídos de un mundo frívolo los solemnes acentos de la conciencia y el deber, y con las cosas de la vida mezcló pensamientos mas serios. Realzó la dignidad de la condicion humana; reanudó los lazos de las familias; invocó las leyes de la naturaleza; enseñó á las madres á dar de mamar á sus hijos, y á los esposos á respetar la santidad del vínculo conyugal. Llevando mas lejos sus miradas, citó las instituciones humanas al tribunal de la verdad; denunció los desórdenes verdaderos ocultos bajo el nombre de orden social; osó tributar honor á las virtudes oscuras y á la ruda libertad, en medio de una elegante servidumbre. Al mismo tiempo que encadenaba la intolancia, ponía algunos límites á la incredulidad; y como cantó Monti:

Los sacerdotes combatió y el trono,
Mas hasta Dios no se extendió su encono.

En todas las páginas de Rousseau se advierte un sentimiento exquisito, un ardiente amor de lo bello, que le inspiran las seductoras fantasías de la *Nueva Eloisa*, que imprimen de gracia y pureza la imágen ideal de Sofía, que difunden tiernas inspiraciones. De aquí provienen aquel noble énfasis que enardeció su alma y sus escritos, y el carácter de alta dignidad que tanto le recomienda.

Predomina en Rousseau una idea: conducir al carril de la naturaleza al hombre extraviado por una falsa civilizacion. Sus escritos verifican bajo este respecto una feliz reforma en nuestras instituciones y costumbres. Lástima que una idea tan verdadera y tan fecunda no se le haya aparecido siempre bajo un aspecto suficientemente verdadero. En el seno de una sociedad ficticia, no conoció que el estado social es para el género humano el verdadero estado de naturaleza. Se abandonó, á lo ménos en sus primeras obras, á la ilusion de un estado natural en que viviese el hombre separado de sus semejantes; ilusion que su mágico lenguaje supo hacer por un momento contagiosa, y que le llevó hasta proscibir las artes, la propiedad, la sociedad misma. Le faltó tambien el sentimiento material especulativo, cuando escribió el *Emilio* y el *Contrato social*.

La humanidad le aplaude cuando interroga á la naturaleza para fundar en sus eternas leyes la familia y la ciudadanía, la religion y la moral; cuando opone, aquí la educacion de las cosas y de la necesidad á la educacion arbitraria del hombre, allá las conveniencias naturales á las ficticias.

Hasta aquí hemos dejado la palabra al señor

Berville, para que corrigiera su admiración lo que pudiera parecer hostil en nuestra Narración. Vamos ahora á concluir con las palabras de un culto filósofo italiano :

« En último resultado, su filosofía es paradójica, y su elocuencia, separada muchas veces de la verdad, suele ser una armoniosa y fervida declamación, que gusta á las imaginaciones jóvenes, pero no satisface los entendimientos maduros. No comprendió Rousseau el Cristianismo, porque, según costumbre de los incrédulos, lo consideró en su aspecto extrínseco, sin ir mas allá. No fué sin embargo tan irreligioso él como sus contemporáneos, el corazón le salvó en parte de la maléfica influencia. Su pedagógica doctrina expuesta en el *Emilio* está apoyada en una base falsa, además de que repugna á sus otras doctrinas. La verdad es que no nace bueno el hombre, sino inclinado al mal, y que el único modo de hacerle mejor es una fuerte y positiva educación. Sus opiniones sobre la excelencia del hombre salvaje, y sobre el origen artificial de la sociedad, le llevaban directamente á un asqueroso materialismo y á un brutal ateísmo. »

En la *Revue Suisse* del 20 de abril de 1862, el ministro protestante Ernesto Naville puso sobre J. J. Rousseau cierto artículo, del cual extractamos lo siguiente :

« Se tiene la costumbre de decir *Voltaire* y *Rousseau*, ó para tributarles el mismo elogio, ó para envolverles en el mismo impropio. Entraña semejante unión una injusticia, de que son cómplices así los amigos como los enemigos de la filosofía del siglo pasado. . . Bajo ciertos puntos de vista generales, ejercieron aquellos dos hombres una acción común en la dirección del pensamiento ; pero ¿ qué diferencias tan profundas ! La muerte de *Voltaire*, ebrio de gloria y víctima de sus triunfos y al mismo tiempo la salida de *Rousseau* para el retiro, presentan el contraste mas vivo ; y lo mismo se nota en sus obras. »

» Hay talento en *Voltaire*, pero enteramente manchado con la mas espantosa pasión de un corazón, el odio del Evangelio. En medio de los goces del lujo, de los placeres de una civilización de que se constituye el apóstol, no es tanto la reforma de la sociedad como su ruina que está preparando. Ataca en sus principales fundamentos á la fe cristiana, y nada le sustituye ; pues lejos está de ser una religión aquel deísmo superficial, y si tiene una cabeza, no se le encuentran ni piedad, ni conciencia, ni seriedad. Defiende chanceando la causa de Dios, y no deja de valerse de la burla y del cinismo cuando son una blasfemia. Toma (como dicen sus admiradores) todas las máscaras para ocultar su juego ; es decir que, por una contradicción tan evidente como la violencia que pone en servir la religión del amor, sirve la causa de la verdad, según él la entiende, con el mas descarado modo de mentir. Se contradice sobre los problemas mas

esenciales, y de todo se vale mientras sea negar siempre la verdad que execra. Sirvió algunas causas ; predicó la tolerancia y la humanidad de las costumbres ; pero si, cuando no estaba agitado su corazón, había en su espíritu algunas miras justas, y aprecio llenos de finura y de discernimiento, esto no fué mas que un caso particular de su obra ; la grande corriente de su pensamiento no tuvo otra unidad mas que el espíritu de ruina y de negación : su obra consiste en la risa : *risa de mono sentado sobre ruinas* (1). »

» Y no son solo sus adversarios naturales, las personas atacadas en las causas que él combate, en las creencias que él había creído arruinar, las que hablan así. No es fácil olvidar el desesperado grito de aquel poeta, que levanta un instante la cabeza encima de las olas de la corrupción que le están arrastrando, para echar al hombre que mas contribuyó á sumirle en el impuro torrente este tremendo apóstrofe :

Dors-tu content, Voltaire, et ton hideux sourire
Voltige-t-il encore sur tes os décharnés (2) ?

» Ponerle en compañía de *Rousseau* es una falta : *Rousseau*, oprimido con el doble peso de sus propias culpas y de la celosa rabia de sus enemigos, da profunda lástima. Lleva en su frente manchas que no borra la arrogante confianza que de ellas hace al público ; pero del seno de las miserias y de los vicios salen generosos rasgos, aspiraciones casi sublimes. Separado de la fe cristiana por una soberbia tan ingenua como exorbitante, posee una religión insuficiente, sí, pero seria y profundamente arraigada en su alma. Incoherente á menudo, no se da desmentida alguna sin embargo, siempre que se trate del fin general de su vida y de sus esfuerzos ; escribe para defender lo que él cree verdadero (3). Que pueda su política

(1) AUGUSTO BARBIER, *Yambo XI*.

(2) ALFREDO DE MUSSET, *Rolla*.

(3) Decía Sainte-Beuve : « Amó *Voltaire* á la humanidad, y en todas las circunstancias manifestó un desprecio por los pobres. Semejante incoherencia llamó la atención de *Rousseau*, y se la echó en cara. »

Infinitos son los libros que han discurtido y refutado sus principios ó descrito su vida. Entre ellos indicaremos : A. BARBIER, *Notice sur les principaux écrits relatifs à la personne et aux ouvrages de J. J. Rousseau* (Paris, 1824). — LORD BROUGHAM, *Voltaire and Rousseau* (Ib., 1848). — SENEZIER, *Histoire littéraire de Genève*. — VILLEMANN, *La littérature française au XVIII^e siècle*. — SAINTE-BEUVE, *Causeries du lundi*. — MORIN, *Essai sur la vie et le caractère de J. J. Rousseau* (Paris, 1851). — BROCHERHOFF, *J. J. Rousseau*, en alemán (Leipsik, 1863). — *Rousseau, ses amis et ses ennemis. Correspondance publiée par Streckeisen*. — MOULTOU (Paris, 1865, 2 t.)

El catálogo mas exacto de las obras de *Rousseau* se halla en la *France littéraire* de Quérard, y de él tomamos lo mas concerniente á la historia de su vida y de su ingenio.

1738. Respuesta á una memoria, si el mundo, que habitamos nosotros, es esfera ó esferoide. En el *Mercur* del año 1738.

1743. Disertación sobre la música moderna ; leída en la

llevar la sociedad al abismo, lo creo ; que corra su religión el riesgo de cerrar á muchas almas la puerta del Evangelio, me consta ; pero al cabo no es su obra de pura destrucción, se puede á lo ménos con ella adquirir al amor de las bellezas de la creación el serio sentimiento de los deberes de la naturaleza, el pensamiento distinto de que no puede el hombre cumplir dignamente su destino sin volver sus miradas hácia el Cielo, y sin una esperanza

Academia de ciencias, y presenta un sistema de nota musical con números.

1730. *Si las artes y ciencias han contribuido á purificar las costumbres*. Premiada.

1732. Carta á Grimm, sobre las notas añadidas á una carta suya.

1751. *El adivino del lugar*. Obra en música.

1753. *Narciso ó El amante de si mismo*, comedia en prosa.

— Carta sobre la música francesa. Le acarrió la ira de todos los aficionados á la música.

— Carta de un músico de la Academia real.

1755. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres.

1758. Discurso sobre la economía política, extractado de la *Enciclopedia*.

1761. Extracto del proyecto de paz perpetua del abate *Saint-Pierre*.

1763. J. J. Rousseau, ciudadano de Ginebra á Cristóbal, arzobispo de Paris.

á la otra parte del sepulcro. La admiración que inspira su ingenio, va acompañada de cierta piedad melancólica, y que muchas veces debe vencer un sentimiento que raya en disgusto ; pero no hay medio de equiparle con el patriarca de Ferney, con aquel profanador de las cosas mas sagradas y de los sentimientos mas elevados, que llenó su siglo del torpe resplandor de su inmensa fama. Puede temerse á *Rousseau*, y se debe compadecerle. »

1763. *La Aliada de Silvia*.

1764. *Cartas de la montaña*.

— *De la imitación teatral*.

1765. *Pigmalion*, melodrama.

1767. Diccionario de música.

1769. *Cuál es la virtud mas necesaria á los héroes, y cuáles son los héroes que no la poseen*.

1770. Carta de J. J. Rousseau sobre su destierro del canton de Berna.

Muchas obras han sido publicadas despues de su muerte ; las principales son :

Los consuelos de las miserias de mi vida.

El levita de Ephraim.

Consideraciones sobre el gobierno de la Polonia.

La Botánica.

Pensamientos de un espíritu recto y sentimientos de un corazón virtuoso, y muchísimas cartas. Se han hecho muchas ediciones de sus obras completas.